



**SUMARIO**

I. ¡Paz á los muertos! — II. ¿Quién dudará de Dios? — III. Episodios bíblicos. — IV. El laurel. — V. La base de la familia. — VI. La Virgen Blanca. — VII. Consejos. — VIII. ¡Á España! — IX. Las edades. — X. El médico y el rey. — XI. La verdad y las mentiras. — XII. Á Melendéz Valdés. — XIII. Iconología cristiana y universal.

### ¡PAZ A LOS MUERTOS!



MAÑANA se conmemora á los fieles difuntos.

Venid, venid, descreídos, venid al cementerio, última verdad humana; venid y veréis en qué paran las locuras de los hombres; veréis inertes los corazones más enérgicos, las voluntades más firmes, los talentos más superiores, la más probada virtud; la soberbia, la hermosura, las riquezas; todos los incentivos de la vida, reducidos á la nada.

Venid, que allí se alecciona el orgullo humano contemplando lo efímero de la existencia; allí acaban la nobleza, los blasones, los encantos seductores del cuerpo, los apetitos, los placeres.

Venid y sentiréis; venid, y renacerá vuestra fe.

Quien quiera que seas, lector querido, al penetrar en la lúgubre mansión, verás que allí yacen tus padres, tu esposa, tus hermanos, tus más caras afecciones.

¡Ah! ¡quién no llora la muerte de un ser querido!

Pues bien, venid, y al lado de los sepulcros veréis ese árbol piramidal que los antiguos consagraron á las Parcas y á las Eurias, como símbolo del sentimiento: el ciprés, que representa el luto; el luto, que hemos de llevar á través de los siglos en esta vida perecedera y necesariamente finita.

Venid, y veréis la sencilla margarita orlando los panteones de la infancia, allí donde reposa la inocencia, como orlaban antes con sus encantos naturales, las vírgenes de Morven la pureza y la virtud cristiana.

Venid, y veréis el humilde ramito de azar sobre la sepultura de una doncella para caracterizar la santidad de sus costumbres; las flores de avellano, simbolizando la perdida alianza de dos seres; la minutisa denotando los afectos del alma; mil coronas de yedra con laurel y mirto entrelazadas con la cinta verde para ex-

presar el recuerdo de la amistad; las hojas de laurel y acanto, tributando honores al mérito de los artistas; perpetuas y siempre vivas sobre la tumba del esposo; el musgo, con cinta roja, sobre las sepulturas de los hijos; y mil géneros distintos de emblemas y caprichos para significar el amor, la amistad y el reconocimiento al lado del lecho eterno de los héroes, de los poetas, de la elocuencia, de la sencillez, de la virtud.

Allí veréis el signo de la redención, que inspira nuestra fe, levantarse erguido, sobre la tumba de los fieles.

Venid, venid y veréis las mil columnas espirales de humo con que la cera de los blandones satura el aire del lóbrego recinto, y cómo se adhiere á las temblorosas hojas de los llorones sauces que allí murmuran las creencias y el dolor.

Venid y veréis lo que es la soledad, lo que es la muerte.

Venid y veréis al corazón más duro sentir en la conciencia las ofensas inferidas á su prójimo: veréis perdonar injurias al culpable; hacer justicia al mérito; devolver su crédito al



honrado; pregonar las buenas acciones; condenar el vicio y la ficción; decir verdad.

¡Ah! Si los hombres frecuentaran los cementerios con recogimiento y no fuera tan débil y tornadiza nuestra manera de ser y de pensar, el mundo sería un paraíso, reflejo fiel de la paz que disfrutaban los difuntos.

Pero esto es humanamente imposible, y sólo podemos exclamar á impulsos del sentimiento.

¡Paz á los muertos!

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

### ¿QUIÉN DUDARÁ DE DIOS?

Las flores que su perfume  
Nos dan en la primavera  
Los rayos del sol dorado;  
Multitud de aves parleras  
Que cantan por las mañanas  
Alabando al Criador,  
¿No te están diciendo claro  
Que todo es obra de Dios?

Las olas del mar rugiente  
Que van la arena á besar,  
Sin que su furor las haga  
Ir un poco más allá;  
El relámpago que brilla...  
Del trueno la ronca voz,  
¿No la dicen á tu alma  
Que todo es obra de Dios?

El fuerte silbar del viento,  
Las amontonadas nubes  
Que la lluvia nos envía  
Y el azul del cielo cubren,  
Dando al día oscuridad  
Con su plumizo color;  
¿No te están diciendo claro  
Que todo es obra de Dios?

La noche que triste llega  
Cubierta de negro manto;  
La luna que después sale  
Su hermosa faz asomando  
Por entre el negro ropaje  
Que la noche se vistió:  
¿No la dicen á tu alma  
Que todo es obra de Dios?

El murmullo grato y suave  
Del arroyo cristalino,  
Que pasa humilde á llevar  
Sus limpias aguas al río,  
Que al mar conduce las suyas  
Con impetuoso furor:  
¿No te están diciendo claro  
Que todo es obra de Dios?

Los árboles que en Abril  
Se cubren de verdes hojas,  
Y en el rigor del estío  
Prestan al hombre su sombra  
Librándole con sus ramas  
Del calor abrasador...  
¿No la dicen á tu alma  
Que todo es obra de Dios?

Las suaves brisas de otoño,  
El invierno con sus hielos,  
La blanca nieve que cubre  
Los más elevados cerros  
Deshaciéndose al sentir  
El grato calor del sol,  
¿No te están diciendo claro  
Que todo es obra de Dios?

El suspiro de las auras,  
La fuentecilla sonora,  
Las florecillas silvestres;  
Las pintadas mariposas,  
Las rubias espigas dando  
Sus frutos al labrador,  
¿No la dicen á tu alma  
Que todo es obra de Dios?

CARMEN PINERO DE BLAS.

### EPISODIOS BÍBLICOS

#### II



El padre Anselmo y sus dos educandos salieron al día siguiente, como de costumbre, á dar su paseo matutino.

Penetraron en el Parterre y al llegar á la plazoleta del Pino, dijo uno de los niños:

— En este banco nos refirió usted ayer la misión que confirió Dios á Moisés en el valle de Oreb.

— Quedamos en el encuentro con Aarón, repuso el más pequeño.

— Ciertamente, hijos míos, y estoy dispuesto á complacerlos con la segunda lección, ya que de la primera conserváis buen recuerdo.

— Con mucho gusto, dijeron á un tiempo mismo los educandos, dirigiéndose á la carrera hacia el banco de piedra.

El reverendo sacerdote siguió paso á paso hacia el propio asiento, y ocupando el centro, les dijo:

— Los Faraones, como todos los tiranos, eran tan poderosos como soberbios y así lo revelaban, aun juzgando por sus vestiduras y por el adorno de sus palacios.

Todo el buen gusto compatible con aquellos remotos tiempos, todas las riquezas, todo lo más bello en artes, se encontraba hacinado en las regias viviendas, sobresaliendo entre el decorado una profusión de lienzos con ídolos y multitud de aparatos guerreros.

Contrastaba notablemente tanta fastuosidad con la opresión tiránica que se ejercía contra el paciente pueblo de Israel.

Pero cuanto mayores eran los tormentos que Faraón y sus seides hacían pesar sobre los israelitas, tantos más prosélitos se acercaban á Moisés, que desde su llegada á Egipto inauguró su propaganda en secreto, con tal éxito, que las masas obedecían como un sólo hombre el menor de sus designios, aunque, para no concitar los ánimos, fueran transmitidos á su nombre, por segundas ó terceras personas.

En todos los dominios de Faraón, allí donde hubiera un israelita, había ya repetido el eco mil veces, el nombre de su libertador: los nombres del venerable pastor y los de su familia, casi eran santificados.

A la vigilancia, al receloso carácter de Faraón, no se le había ocultado que en el pueblo de Dios se había operado una reacción importante, tal vez temible; pero no se había apercibido hasta entonces de los caudillos, ni de la docilidad y mansedumbre de aquellas masas podía sospechar una actitud rebeide y mucho menos hostil en toda forma.

Esto, no obstante, para quebrantar cual-

quiera de esos propósitos, para excusar la rebelión, proyectaba obras gigantes y temerarias, estableciendo tareas insuperables al esfuerzo del hombre, y castigaba con brazo despiadado la debilidad física y lo que á sus avaros é insaciables ojos pudiera parecerle pereza.

La magia, la nigromancia había llegado, por aquella época, al apogeo de su vigor, y no había casa de algún viso en todo el Egipto en donde no se hicieran frecuentes juegos de esta índole para amenizar los ocios.

En el alcázar de Faraón funcionaban todos los días los más celebrados magos y siempre al percibirse los primeros fulgores de aquel ardiente sol, porque la superstición les daba á entender que á esa hora eran verdaderos vaticinios los prodigios de la magia.

El día á que me contraigo, habíanse hecho en los espaciosos salones del real palacio ejercicios no imaginables, ejercicios tan difíciles, por no decir diabólicos, que el ánimo de Faraón estaba sobreexcitado, y cuasi á punto de divinizar á sus magos.

De tal modo le seducía la magia.

Pues bien; cuando Faraón se encontraba abstraído por esa especie de éxtasis, á punto ya de disponerse para tomar su cotidiano baño, un ruido continuado de voces resonó en la parte posterior del edificio, voces que desde luego se adivinaba ser proferidas por turbas sediciosas en gran número.

La soberbia de Faraón despertó de su letargo, y dirigiéndose hacia el balcón, recorrió un tapiz, para penetrarse de la causa ocasional de aquel desorden.

— ¡Son hebreos! dijo lleno de indignación y de coraje. ¡Desgraciados!

Y al tiempo que se disponía para llamar á su alta servidumbre, penetraba ya por la puerta contigua el mago Hamset, con el fin de darle cuenta de la rebelión.

— ¿Qué quiere esa masa de hombres desenfrenados? preguntó ávidamente Faraón.

— Piden la libertad y bendicen á su Dios.

— ¿Y qué hacen los sobrestantes de las obras que les dejan abandonar sus trabajos? repitió el rey con tono airado.

— Lo ignoro, señor; sólo sé que los sediciosos son muchos y muestran gran subordinación á sus jefes.

— ¿Les has conocido?

— No me lo permitían ni la confusión ni la distancia.

— ¿Son hebreos?

— Su traje lo pregona.

— Diles que entren y déjanos solos.

Hamset salió de la estancia precipitadamente y después de parlamentar con los jefes, cesaron acto seguido la confusión y los clamores.

— Seré inflexible, decía entretanto Faraón, y si el levantamiento tiende á emanciparse, ¡desgraciado pueblo hebreo!, pesará sobre tí todo el rigor de mi venganza fiera.

Y se sentó, reclinando artísticamente su frente sobre la nerviosa mano, con expresión de soberanía.

Los semblantes severos de Moisés y de Aarón, asomaron al dintel de la ojivada puerta.

— Acercaos, les dijo el rey con grave acento sin poder ocultar la cólera de que estaba domi-



nado; añadiendo después con cierto desprecio:

— ¿Y qué quiere esa gente, hez de la tierra?

— El pueblo que ahí se encuentra reunido, es el pueblo de Israel, y no es tan despreciable cuando tanto ha aumentado con su sudor la riqueza pública de vuestro reino, contestó sencillamente Moisés.

— ¿Y vosotros sois?...

— Sus caudillos.

— ¿En qué os ejercitáis?

— Yo, repuso Moisés, en el modesto oficio de pastor, con residencia en la tierra de Madian; mi hermano, que es mi acompañante, pertenece á la clase más ilustrada del pueblo.

— ¿Y deposita en tí su confianza ese imbécil pueblo? preguntó el rey con sarcasmo á Moisés.

— Obedece sumiso las órdenes de su Dios.

— ¿A vosotros reveladas? Interrogó de nuevo, dejando entrever una burlona sonrisa.

— Ciertamente.

— ¿Y cómo os llamais?

— Mi historia, repuso el venerable pastor, es harto conocida para que pueda haberse olvidado en estos alcázares; para que pueda haberse borrado de la memoria de los Faraones.

— ¿Quién eres? dijo con interés el rey.

— El libertado por la princesa Thermutis de la corriente del Nilo y educado, más tarde, en estos mismos salones.

— ¡Moisés!.. exclamó Faraon, poseído del mayor asombro.

— Y mi acompañante Aarón, hijos los dos de Amram y Jacobed.

Surgió un momento de pausa, hasta que repuesto Faraón de su estupor, volvió á preguntar:

— ¿Y tan mal os iba con vuestras profesiones, que venís á ser bandoleros?

— En nuestros actos, señor, replicó súbitamente Aarón, no hay nada de bandálico; somos enviados por el Dios de Israel para pedir os una gracia.

— ¿Gracia que no puede otorgaros vuestro Dios?

— No es eso, señor, no es eso; nuestro Dios lo puede todo, porque todo está sujeto á su brazo omnipotente; pero quiere probaros por este medio antes de castigar vuestra soberbia.

— No conozco ni comprendo las bondades de un Dios que tiene esclavizados á sus siervos, replicó Faraón ciego de coraje.

— Temed, señor, el momento del castigo y escuchad: El Señor, Dios, nos envía para que concedáis al pueblo de Israel que salga á ofrecerle sacrificio en el desierto.

— No puedo ni debo obedecer esa voz, no puedo ni debo dejar salir á Israel; no irá, que sólo es un pretexto para sustraerse á mi dominación. Si no queréis otra cosa, idos, y que cada cual vuelva á sus tareas, antes que os reduzca á prisión y os dé tormento, como cabezas de motin.

— Templad, señor, vuestra fiera saña, dijo sereno pero majestuosamente Moisés, porque sería inútil vuestro propósito; que Dios con brazo levantado lo impedirá.

— Altivo estáis para suplicar.

— Y vos temerario é insensato para con quien puede reducir os á la nada, de que sois.

— Salid, hebreos, salid, y no oséis con esa

capa de obediencia á vuestro Dios libraros de la esclavitud á que vuestra condición os tiene condenados; salid y no excitéis más mi cólera.

— Dejad á un lado las amenazas, y tened entendido que tenemos autoridad bastante para probaros vuestra impotencia y nulidad, así como nuestro poder y grandeza; ved una débil muestra de esta verdad.

Moisés arrojó entonces su báculo á los pies de Faraón, y la rústica vara se convirtió en una enorme serpiente, aunque mansa é inofensiva.

El rey se sorprendió con la transformación, pero viendo que el reptil no le hostilizaba, repuesto de su asombro, exclamó con sarcasmo:

— ¡Soberbia prueba!.. Eso mismo y mucho más hacen mis magos, lo vais á ver; tengo precisamente en mi palacio lo más selecto y lucido en el difícil arte de la magia; tendremos un rato de prestidigitación, dijo con burlona sonrisa, como si quisiera expresar con ella la escasa importancia que daba á la manifestación de los hebreos.

Faraón se acercó á la puerta de una galería inmediata, llamó al mago Hamset, que se presentó con varios aparatos, y le dijo mostrándole la serpiente:

— Convierte tu vara en culebra.

El mago obedeció, y la vara quedó, en efecto, convertida en una supuesta serpiente, serpiente que fué absorbida por la de Moisés en el acto que con su gravedad de siempre dijo el pastor de Madian:

— Fingidos reptiles, desapareced.

Faraón se quedó algunos instantes sorprendido; pero subió de punto su cólera cuando tomando Aarón la serpiente por la cola, quedó de nuevo convertida en vara.

— Hechiceros, salid, dijo el rey con toda la fuerza de sus pulmones.

— No será, le replicó con entereza Aarón, sin probaros más y más las veras de nuestro encargo.

Y dirigiendo su inquieta centellante vista hacia el nigromántico, añadió:

— Desaparece, tú, mago, como desaparecieron tus fingidos encantos.

Y el mago Hamset, se sumergió en el suelo, sin dejar huella alguna en el pavimento.

El ánimo de Faraón no decayó tampoco con esta prueba terrible, y exclamó:

— Preparado el terreno está; no por eso me hareis crer otro poder superior al mío, débiles muestras son para que os deje salir de Egipto.

— Las tendréis inequívocas é irrefragables, le contestó Moisés.

Y acercándose á una hermosa pecera que se ostentaba encima de un famoso velador, continuó:

— Conviértase en sangre el agua toda de los ríos y de los lagos.

Y el agua se convirtió súbitamente en sangre, pereciendo, como es natural, todos los peces.

Pero tampoco con señales tan evidentes pudieron los dos venerables hermanos quebrantar la entereza y temeridad del rey, fanatizado ó enloquecido por la superstición ó por la torpe fe que los encantos de la magia le había hecho concebir.

— No os esforceis en tan efímeras pruebas y salid, salid, repito, que sientan muy mal á vuestros años y externa severidad esos cuentos de parvulillos; salid, y no ofendáis con vuestras supercherías á mi razón y á mi autoridad; ¡salid, hechiceros!...

— Perdonad que os diga, repuso Aarón, que lo torpe y lo ridículo está de vuestra parte, cuando conserváis con tan prolijo esmero esos lienzos que representan falsas y asquerosas divinidades.

— Contened la lengua, gritó fuertemente el rey, ¿quién osa escarnecer mis ídolos?

— Yo, le contestó con valentía Aarón; prorumpiendo lleno de fe:— ¡Perezca, pues, la obra fascinadora del tirano; abajo la torpe creación del hombre!

Y obedeciendo los lienzos la voz imperiosa del israelista, se derrumbaron hasta el suelo.

Faraón perdió entonces su calma á la vista de tanto portento; pero lejos de acceder á la demanda de los hebreos, montado en cólera y con los ojos bañados en sangre, dijo:

— Insensatos, salid, que yo no puedo oír la voz de vuestro Dios, y por nada ni por nadie saldréis al desierto.

— Reflexionadlo bien, le contestó con tono persuasivo Moisés; reflexionad que vuestros súbditos padecen y tened entendido que con la palabra podemos destruir este soberbio alcazar, y haceros perecer en las ruinas; que en nuestras manos está, como habeis visto, cambiar la acción de los elementos; reflexionad, rey de los Egipcios, que oponiendoos á nuestros designios desoís la voz del Todopoderoso... y decidid.

— Si el que todo lo puede es vuestro Dios y no puede mostrar otros dones ni poder ante mis ojos, otros castigos que los hasta ahora impuestos, por desoida; jamás conocí al Dios de Israel.

— Le conoceréis ahora, escuchad; añadió con acento imponente Moisés:

Cubriráse el territorio Egipcio de una multitud de ranas que infestarán las casas; se poblará el aire de mosquitos que os atormentarán; la peste inficionará y destruirá la mayor parte del ganado; vuestros cuerpos se llenarán de asquerosas úlceras; el granizo destruirá los frutos del campo; la langosta talará la yerba que sirve para vuestros ganados; se esparcirán por do quiera, densas nieblas que oscurecerán el día; los truenos y el rayo ocasionarán millares de víctimas, y si todo esto no bastara para que ordenéis la salida de los hijos de Israel hacia el desierto, en una sola noche morirán los primogénitos de vuestro pueblo, sin exceptuar el heredero del trono; y advertid, Faraón, que para probaros más el poder divino, las plagas que ya llueven sobre este territorio, no alcanzarán á ningún israelita.

El día empezó paulatinamente á oscurecer; en seguida se sintieron los roncacs y talleteados truenos; el granizo y las demás plagas aparecieron súbitamente por do quier, y el rey, cuyo asombro se iba haciendo por momentos visible, recorría de uno á otro ángulo la regia habitación, casi frenético, mientras que en el exterior del alcazar se levantaba en confuso griterío, un clamor general que demandaba de la Providencia su piedad infinita.



Faraón se dejó caer sobre un muelle diván, con la razón completamente trastornada, pronunciando, al salir de la estancia los dos hebreos, estas palabras:

— He pecado, el Señor es justo, mi pueblo y yo somos impíos.

VICENTE D. BORDANOVA.

### EL LAUREL

Arbol santo y amigo, que exhalas  
Delicioso perfume de gloria,  
Aquí vengo á estudiar nuestra historia,  
Deme sombra tu tronco inmortal,  
De tus hojas el manso murmullo  
Dulcemente responde á mi acento,  
Y ambos dicen en alas del viento:  
— ¡*Láuro eterno al honor nacional!*

Tú ceñiste las sienes adustas  
De Viriato, el pastor lusitano,  
Que fué asombro al imperio romano,  
Que á sus huestes fué rayo fatal;  
Covadonga te vió en sus entrañas  
De Pelayo lucir en la frente;  
Que de España repita la gente:  
— ¡*Láuro eterno al honor nacional!*

Por tí fué con sus bravos leones  
La primera Isabel á Granada,  
Y á sus tristes desiertos lanzada  
Para siempre la raza oriental.  
Por tí Europa saluda otro mundo  
Que Colón vió una noche *soñando*;  
Por tí Ercilla lo canta, exclamando:  
— ¡*Láuro eterno al honor nacional!*

Calderón á tu sombra venía;  
A tu sombra Miguel de Cervantes  
Meditaba sus libros gigantes,  
De prodigios fecundo raudal.  
Tú inspirabas al *Fénix* de Iberia  
Y á otros mil, de saber maravilla,  
Que así aclama gozosa Castilla:  
— ¡*Láuro eterno al honor nacional!*

Por tí al son de sus roncadas trompetas  
En el llano y ríscosa montaña,  
El ejército libre de España  
Tremoló su bandera triunfal;  
Y á la voz de la patria, rodando  
Se desploman castillos feudales,  
Y repiten cien ecos leales:  
— ¡*Láuro eterno al honor nacional!*

Arbol santo, jamás tus coronas  
Ciña el crimen de máscara bella;  
Tú serás de los buenos la estrella,  
Tú del *genio* brillante fanal.  
Yo, en mis pobres y humildes cantares,  
Flores místicas que nacen sin vida,  
Diré siempre á tu sombra querida:  
— ¡*Láuro eterno al honor nacional!*

VENTURA RUIZ AGUILERA.

### LA BASE DE LA FAMILIA

**N**o solamente los padres de familia pueden dar consejos y señalar preceptos respecto á las condiciones que aquélla debe tener. Los que aún no somos tenidos por emancipados, que diría la ley de

Toro, podemos también emitir nuestra pobre opinión en asunto de tanta importancia, como que de él, indudablemente, depende la buena organización de las naciones y la marcha más perfecta de la humanidad.

La base de la familia debe ser, en nuestro pobre y desautorizado concepto, sola y exclusivamente el cariño. Por desgracia hay una tendencia á desvirtuar este gran principio, pero como las cosas caen siempre del lado á que se inclinan, resulta que estas viciosas organizaciones tienen que desaparecer prematura y fortuitamente para que la quebrantada armonía se restablezca.

Así como la familia es el origen verdadero y natural de la sociedad, el origen de la familia es indudablemente el matrimonio: sublime institución á un tiempo sancionada por la ley divina, al otorgarla el carácter de Sacramento, y por la ley humana, al concederla la condición de contrato perpétuo é indisoluble por su naturaleza.

Pues bien; quebrántese el principio que anteriormente establecíamos. Si el matrimonio no se forma por el amor, sino por intereses de clase ú otro género de aspiraciones, resultará que el matrimonio no es, aparte del religioso, el mejor de los estados, sino que por el contrario es la peor de todas las desdichas. Y no paran aquí los inconvenientes. Como los hijos ven que sus padres no se respetan, no se aman, muestran preferencias por uno de ellos, ó lo que sucede con más frecuencia, imitan su ejemplo y es resultado preciso el que reine entre los hermanos el más profundo antagonismo.

Como los padres no se quieren, se cuidan poco de la educación religiosa, moral ó científica de sus hijos y los entregan á personas asalariadas, que demuestran las más de las veces un cariño completamente falso, ó que los enseñan, y esto es lo general, malas costumbres, difíciles después de desarraigar.

¿Qué sucede con esto? Que los hijos que no escuchan frases de cariño de sus padres; que observan que éstos no tienen gusto en ir con ellos; que se preocupan poco de su estado; que tal vez los molestan riñéndoles de continuo por fútiles pretextos ó por causas de que ellos en manera alguna son responsables, empieza á serles pesada la autoridad paternal mal ejercida; comienzan á desear el abandono del hogar paterno, y ó bien buscan, llegado el tiempo hábil, una persona á quien elegir por compañera y emanciparse de aquella vida, que tan molesta les parece, ó bien se entregan á los falsos placeres de una vida licenciosa.

De esta manera, indudablemente, nacen los matrimonios prematuros, que tanto incomodan á los padres, sin comprender que son ellos principalmente la causa de tales deseos por parte de sus hijos. De aquí también esa desobediencia por parte de los últimos y ese gran afán de muchas señoritas de contraer matrimonio sin reparar en la persona con quien han de contraerle, y que muchas veces se aprovecha de estos deseos, para obtener un capital que poder disipar más tarde.

Por el contrario, cimentada la familia sobre su base natural, el cariño, estos espectáculos no se ofrecen en ella. Los esposos se aman y

reflejan su cariño en los hijos, cuidándolos con esa admirable solicitud y anhelo que sólo los padres saben emplear. Los hijos toman el ejemplo de éstos y los respetan al mismo tiempo que los aman; y constituida de esta manera la familia, sin esa terrible rigidez que ya, por fortuna, ha pasado de moda, los hijos sólo desean estar en su casa, porque ven que en ella son considerados y queridos, y aprecian más la compañía de sus padres que la de sus amigos ó criados.

No hay que temer en este admirable estado esos matrimonios prematuros; esos inconvenientes que anteriormente dejábamos señalados, y cuando los hijos se encuentran en condiciones de constituir una familia, desprecian riquezas que se acaban, hermosuras físicas que el tiempo borra para siempre, y sólo se fijan, al elegir la persona que ha de unir para toda la vida con ellos su suerte, en quien reuna buenas prendas morales. En una palabra; tratan de establecer el matrimonio en el cariño, que es la natural y sólida base de la familia

CARLOS DIAZ VALERO.

### LA VÍRGEN BLANCA

Flor de todas las flores,  
Vivo lucero,  
Madre de los que sufren  
Luz del sol bello:  
Imagen de ventura,  
Dulce esperanza,  
Eso es allá en Vitoria  
La Virgen Blanca.

Estrella que en la noche  
Brilla risueña,  
Aurora que ilumina  
Toda la tierra;  
Faro que á feliz puerto  
Guía las almas,  
Eso es allá en Vitoria  
La Virgen Blanca.

Nacarada azucena,  
Perla preciosa,  
Lirio que á todo el valle  
Llena de aroma;  
Consuelo y alegría  
De los que aman,  
Eso es allá en Vitoria  
La Virgen Blanca.

FRANCISCO ARECHAVALA.

### CONSEJOS

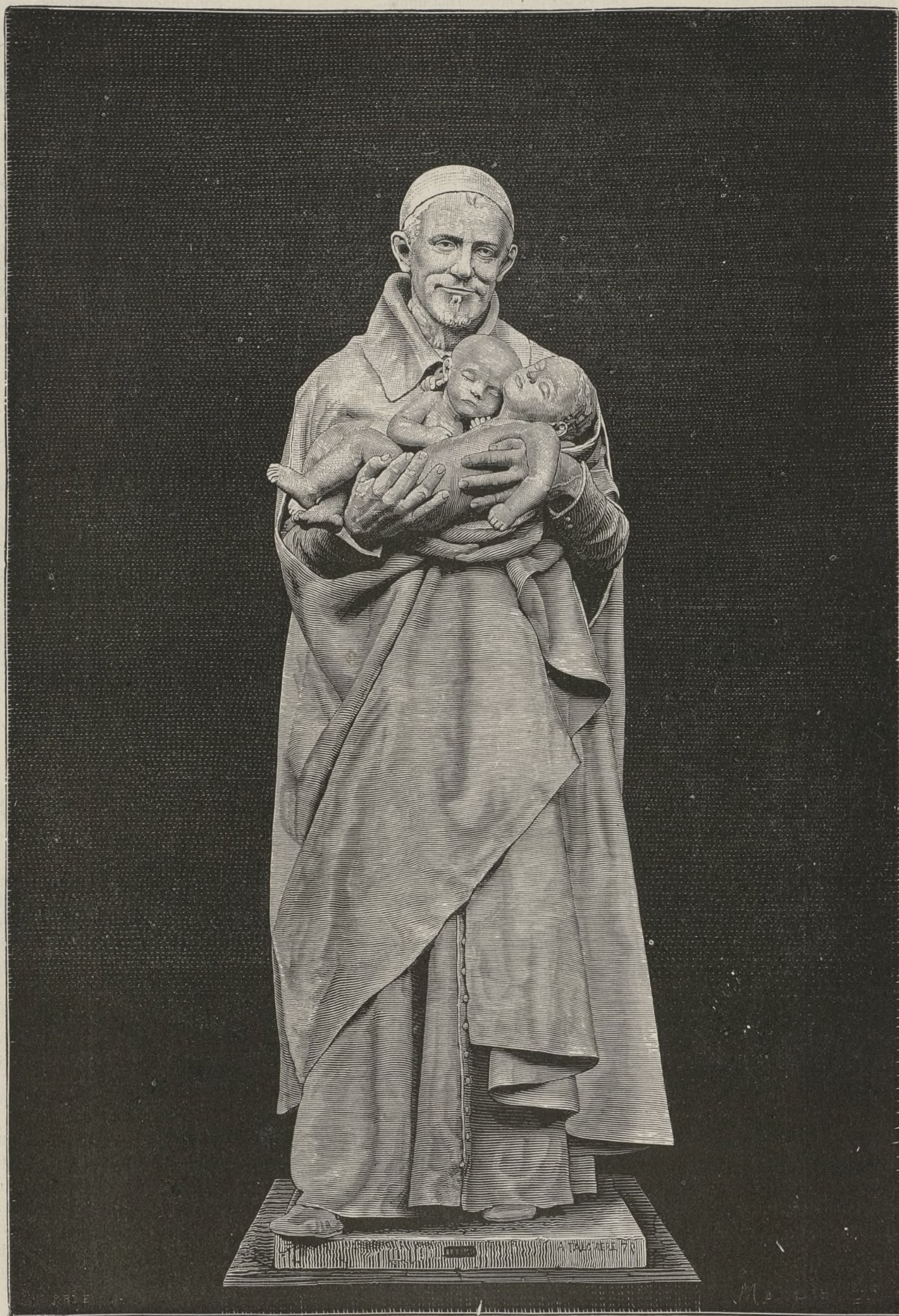
No seas ambicioso, y si lo eres por tener en tu casa un gran caudal, repartirlo procura entre los pobres, que es un bien ejercer la caridad.

No pongas á tu mesa los parásitos, no busques en la orgía el bienestar, vive oscuro, modesto y retirado y tranquilo y dichoso vivirás.

No tengas más cuidados que los propios, atiende á tu familia con afán, y el dinero no quieras de otro modo que á fuerza de constante trabajar.

MANUEL LOPEZ CALVO.





SAN VICENTE DE PAUL



## ¡Á ESPAÑA!

¡Salve España! del olvidado asilo  
 En que quizá llorando  
 Sus lágrimas tranquilo  
 Va el humilde poeta derramando;  
 Desde el jardín ameno,  
 Desde el risueño valle  
 Ó desde el monte de malezas lleno;  
 Desde la mar bravía  
 Ó desde el dulce piélago sereno;  
 Do aliente el alma mía,  
 Do quiera que me halle,  
 Do quiera que respire el pecho ambiente  
 Y al corazón latir sienta un segundo;  
 Do quiera que mi sien un pensamiento  
 Conciba en su crisol de fuego ardiente,  
 Allí la lengua mía en fuerte acento  
 Que cruce el ancho mundo  
 Que el sol radiante baña,  
 Sabrá noble lanzar un ¡Viva España!  
 Patria inmortal que cuna dió á Pelayo  
 Meciéndola entre ruinas;  
 Patria que fulminó candente el rayo  
 Que hizo polvo las armas damasquinas,  
 Tú que en Guadalete al caer ¡coloso!,  
 Por la traición menguada  
 De lodo vil en el inmundo foso,  
 Levantar te supiste inmaculada,  
 Cubrir los horizontes  
 Y derrumbar los montes,  
 Y sepultar al árabe vencido  
 Del ronco Deva en el caudal crecido.  
 Tú que invicta ondeaste vencedora  
 En los sangrientos campos de Clavijo  
 La enseña inmarcesible, y vengadora  
 Tu estandarte en Zamora viste fijo,  
 Y en Simancas triunfando y Talavera  
 Te erguiste soberana  
 Y fuiste la primera  
 Que llevando á sus huestes el terror  
 La Cruz clavaste ufana  
 En las rotas banderas de Almanzor!  
 Tú que al combate crudo  
 Tus reyes llevas á lidiar valientes,  
 Sin casco y sin escudo,  
 Y morir por tu pueblo les consientes,  
 Teniendo por trofeo,  
 Espléndido de gloria,  
 Un rey que allá por tí cae en Viseo,  
 El noble Alfonso, de inmortal historia.  
 Tú que guiar supiste tus pendones  
 Al aire desplegados  
 Desde el Tajo hasta el Duero, y tus bridones  
 Abrebaste en los ríos, saturados  
 Con la sangre muslin y sus legiones;  
 Tú que al ser conquistada conquistaste  
 Y vencida te erguiste vencedora,  
 Y fuerte arrebataste  
 El cetro prepotente,  
 Que infcua te robó la gente mora,  
 Y la diadema que lució en tu frente  
 Tú que la Cruz cristiana  
 Tremolando en Toledo, de Toledo  
 Te hiciste soberana,  
 Y altiva adelantando  
 De bélico ardor llena,  
 Tierra y tierra seguiste conquistando,  
 Clavando tu estandarte en la Almudena,  
 Tú que al oculto Turia,  
 Al edetano adarbe  
 Llegaste á domeñar la altiva furia  
 Del agareno bando,  
 Y en funerario tarbe  
 Sus palacios magníficos trocando,  
 Al sol del claro día  
 Oíste al Cid clamar; ¡Valencia es mía!

Tú que á Andújar, Baeza y Calatrava  
 Condujiste tus huestes poderosas  
 Y en la batalla fuerte,  
 Al chocar de tus armas victoriosas  
 Y despreciar la muerte,  
 Domaste en Almería  
 Haciéndola tu esclava  
 Del vil alarbe, la soberbia impía...  
 Y á Alcántara ganando,  
 Y en Santarén venciendo  
 Tus dominios quisiste ir dilatando  
 A Cáceres rindiendo,  
 Y en Badajoz entrando,  
 Y en Mérida tejiendo  
 El lauro que la gloria te iba dando  
 Tú que humillaste á Cuenca ¡heróica hazaña!  
 Castillo que arrogante  
 Cabe la propia entraña  
 Guardaba en su porfía aún el Turbante,  
 Y en lucha desmedida  
 De sin igual arrojo,  
 La plaza acometida,  
 Con sangre el muro rojo  
 Cedió á tu esfuerzo y sucumbió rendida;  
 Tú que en las Navas, al lidiar valiente,  
 Impávida venciste,  
 Y en la sombría frente  
 Del almohade espantado  
 La férrea planta con furor pusiste  
 La Cruz bendita, de tu triunfo al lado  
 Que alzaste soberana  
 Al romper por la turba musulmana;  
 Y al alminar subiendo  
 De la mezquita mora  
 En Córdoba venciendo  
 De Córdoba te hiciste la señora  
 Que al irte engrandeciendo  
 Su reina te proclama  
 Vibrando el eco la española fama  
 Tú que á Sevilla hiciste  
 Rico florón de tu corona altiva  
 Y el fuerte acometiste  
 De la fuerte Jaen, y tu cautiva  
 Vencida al fin la viste;  
 Tú que tienes por hijos sin segundo  
 Los héroes esforzados  
 Que de Oriente á Occidente admira el mundo  
 Y Cides y Guzmanes por soldados...  
 ¡España! ¡patria mía!  
 Permite que ferviente  
 En tono humilde tus proezas cuente.  
 Déjame que te cante; que mis ecos  
 Resuenen sonorosos  
 Y en los espacios huecos  
 De las etéreas ondas  
 Se extiendan y vibrantes se repitan  
 Y crucen las impondas  
 Esferas del celeste imperio Santo,  
 Y allí donde gravitan  
 Los mundos ideales,  
 Se escuchen mis acentos terrenales.  
 ¡España! la que airada  
 Hiciste de Granada  
 En apartado día  
 La esclava de tu regia monarquía  
 Poniéndola á tributo;  
 La que dictando leyes  
 Y sojuzgando reyes  
 Cubrió las lunas árabes de luto,  
 Dejando en el Salado  
 Vencido al de Marruecos y humillado:  
 La que después, más tarde,  
 A Zaragoza viendo  
 Cautiva del musulmán que en fiero alarde  
 Estaba su muralla defendiendo,  
 A Zaragoza fuera

Y entrara en Zaragoza  
 Y cristiana otra vez la consiguiera  
 La patria de los Jaimes valerosos  
 Que en pos de mil azares  
 Por sus pueblos lidiaron victoriosas  
 Ciñendo su corona á las Baleares,  
 La que en Colon propicia  
 Supo encontrar la flámula del genio  
 Que un nuevo mundo inicia,  
 Y armándole con velas  
 Al mar lanzó su ingenio  
 A bordo de tres leves carabelas  
 Y lleva al Occéano  
 Su nombre escrito en oro,  
 Su nombre ya fecundo  
 En laureles y en glorias soberano  
 Y un mundo arranca al moro,  
 Y descubre en América otro mundo,  
 Y luego vencedora en fuerte embate,  
 Al Francés en Pavía dicta leyes  
 Y conquista cual trofeo del combate  
 El escudo flor-lisado de cien reyes,  
 Hazaña, que guerrera  
 En San Quintín retumba;  
 Pues sabe España fiera  
 Lauro á sus hijos dar ó darles tumba,  
 ¿Mas qué á cantar me atrevo  
 Patria inmortal, España bendecida?  
 ¿En mí la savia llevo  
 De tu vida de triunfos? ¿Qué es mi vida?  
 Sí tal: la lumbre de tu gloria  
 Refléjase y esmalta mis cantares:  
 ¡Salve España! ¡la de la egregia historia  
 Del universo escrita en los altares!  
 Mi vida es tuya; trovador sencillo  
 Cantaré los anales esplendentes  
 Del que de Medellín surgió caudillo  
 Y fué á beber del Inca allá en las fuentes;  
 Del bélico Pizarro,  
 Del inmortal Cisneros,  
 De tus nobles valientes, generosos  
 É hidalgos caballeros  
 Cantar sabré cruenta  
 Aquella tu jornada desastrosa  
 Que en Villalar los campos ensangrienta  
 Y lleva hasta el cadalso á sus campeones;  
 Que airada la cuchilla  
 Del tirano que al Orbe asombra entero  
 No temen Maldonado ni Padilla,  
 Ni teme el valeroso pueblo Ibero;  
 Pueblo, si, que al vestir la fuerte malla  
 Y escuchar de las trompas el latido  
 Acude presuroso á la batalla  
 Y rechaza á Felipe el *Atrevido*;  
 Pueblo, sí, que después en ira estalla  
 Y ofrece en su grandeza  
 Poniendo al despotismo fuerte valla,  
 Del noble Juan Lanuza la cabeza  
 Que toma el vil tirano  
 Borrón del suelo y sólio castellano.  
 ¡España! que llevaste tus pendones  
 De la eterna ciudad hasta los muros  
 Y acampaste tus bélicas legiones  
 Del África abrasada  
 En la arena sutil del sol tostada.  
 A tí España que triunfas en Lepanto  
 Del bárbaro caudillo  
 Que, del mar proceloso era el espanto,  
 Y prestas á tus armas claro brillo  
 Mostrando tu arrogancia  
 Ante la cruda guerra,  
 Que con Holanda y Francia  
 Sostienes, y Alemania é Inglaterra;  
 A tí que tus limpiísimos anales  
 Esmaltas con los nombres  
 Que alientan en los templos inmortales,



De los preclaros hombres  
Que sabios te ilustraron  
Y en códices y mármoles grabaron  
Sus hechos, su memoria,  
Para blasón y lustre de tu historia  
Cervantes, Lope, Calderón, Ercilla,  
Feijóo, Campomanes, Jovellanos,  
Alarcón y del arte maravilla  
Y vate entre los vates más galanos,  
El fraile Tirso que su nombre oculta  
Y de un claustro en las sombras le sepulta;  
A tí que sabes con arrojo fuerte  
Lanzar airada de tu patrio suelo  
Terror sembrando y muerte  
Del francés ambicioso el vil anhelo,  
Y al coloso del mundo que destroza  
Con dolo torpe y saña  
Cabe tu propia entraña  
De tu sangre la abunda hermosa vena,  
Hiriendo en Zaragoza  
Envías á morir á Santa Elena;  
A tí que el libro de tu noble historia  
Ornando de laureles  
Recuerdas otros de feliz memoria  
En Marruecos venciendo á los infieles  
Y tu fortuna clavas  
En Tetuan, derrotando á Muley-Abbas  
¡Salve España! de mi olvidado asilo  
En que quizá llorando  
Mis lágrimas tranquilo  
Voy humilde poeta derramando:  
Desde el jardín ameno,  
Desde el risueño valle  
O desde el monte de malezas lleno;  
Desde la mar bravía  
Ó desde el dulce piélago sereno;  
Do quiera que me halle,  
Do quiera que respire el pecho ambiente  
Y al corazón latir sienta un segundo;  
Do quiera que mi sien un pensamiento  
Conciba en su crisol de fuego ardiente,  
Allí la lengua mía en fuerte acento  
Que cruce el ancho mundo  
Que el sol radiante baña  
Sabrá al viento lanzar un ¡VIVA ESPAÑA!

FÉLIX DE LEÓN.

## LAS EDADES

POR DON FAUSTINO JOUVE

## III

## LA ADOLESCENCIA

Ya os contemplo, mis pequeños lectores, en el pleno estado de la adolescencia, habiendo correspondido como buenos y aprovechados en vuestra juventud y recogiendo al presente el fruto de vuestra nunca desmentida aplicación, al propio tiempo que leo en el rostro de vuestros padres que no han sido estériles sus desvelos ni viglias para con vosotros.

Ya os halláis en el período de la vida humana, en que el hombre necesita meditar con más juicio, con más aplomo, puesto que, competentemente ilustrado, se halla en el ineludible deber de fijar su posición social, así para el presente como para el porvenir. Ya estáis en esa edad de los veinticinco años, tan envidiada de los que ya no pueden volver á ella, la del completo desarrollo de las facultades físicas y morales; la más hermosa, y que — por lo general — es la que menos se sabe apreciar, porque transcurre como un breve y luminoso sueño; mas cómo el saber ejerce

siempre cierto influjo sobre la ambición y tendencias al logro de cuanto puede halagar su corazón, por esto éste nos revela y nos hace comprender que es la edad de las ilusiones, de los deseos y de las pasiones en toda la extensión de la palabra; y que, si no ponemos un dique al desmedido vuelo de sus alas, si no se encauza y modifica nuestro modo de sér, no es extraño que á fuerza de truncadas esperanzas y crueles desengaños de nuestros semejantes, insensiblemente se vaya lacerando nuestro corazón, viniendo á constituir más tarde el cáncer de nuestra existencia; y cuando en esta edad, causas más ó menos graves nos hacen derramar lágrimas, las vertemos del fondo del corazón... Figuráos por un momento, mis simpáticos lectores, que miráis por un encantado prisma de bellísimos colores, cuanto vuestro caprichoso pensamiento pudiera anhelar y que en pos del deseo lográseis la posesión, ¿sería prudente que á trueque de un goce que os fuera perjudicial olvidáseis los deberes que cumple á todo buen hijo?... No. Sacad vosotros mismos la consecuencia y os convenceréis palpablemente de que vuestra juventud no la habéis empleado en pasatiempos fútiles ni censurables: antes al contrario. Si dirigís una mirada retrospectiva á vuestro pasado, sabréis apreciar los sacrificios paternos y os envaneceréis al considerar lo que habéis sido, lo que sois y lo que llegaréis á sér, porque no os habéis apartado ni un ápice de la senda de aplicación y moralidad, guardando el respeto que se debe á sus mayores... ¡Ay, cuántas veces cuesta la vida á los padres las locuras y desaciertos de los hijos!...

Mas ahora que os halláis en aptitud de tomar estado formando parte de otra nueva familia, es cuando comprenderéis que todo lo debéis al celo y perseverancia de vuestros padres, que os han guiado en vuestra infancia, siendo un Argos infatigable, y en vuestra juventud, con cuanto encierra la esfera de los conocimientos del saber humano, habiendo invertido una parte de su vida y hasta de sus ahorros, para que nunca desmintáis el nombre de los que os dieron el sér. Y puesto que os halláis en esa edad en que ya la reflexión tiene una más segura base, seguid por el camino de laudables máximas y mejores ejemplos que os han conducido al estado que hoy os enorgullece, para que si algun día el destino os designa con el respetable y dulce nombre de padre, seáis también dignos de vuestros hijos.

## IV

## LA LEY DE COMPENSACIÓN

Observando que me he extralimitado en algo más del objeto que me propuse, con el fin de abreviar, corro un velo sobre la infancia y la juventud de vuestros pequeñuelos, toda vez que noto en vosotros — padres del nuevo vástago — desplegar el mismo celo y cuidadoso afán que con vosotros desplegaron los vuestros, cuya conducta se adapta perfectamente al espíritu con que encabezo este capítulo, el cual se halla en relación directa con el gran precepto que entraña el cuarto mandamiento de la Ley de Dios, que dice: *honrad padre y madre...*

Contemplo al buen esposo y á la solícita y

cariñosa madre al cuidado de sus infantiles hijos, que mirarán por ellos hasta verlos hechos hombres de provecho, cumpliendo de este modo con uno de los más sagrados deberes que reviste el estado de la vida conyugal.

Reproducir las múltiples y diferentes escenas porque atraviesa la infancia y la juventud — de que ya os he hablado — sería una redundancia fuera del lugar que además de molestaros os privaría de un tiempo precioso, que podéis dedicar al estudio ó á vuestras infantiles diversiones...

Aquí pensaba terminar; pero considerando que quedaría incompleto el escrito sin deciros algo referente á la ancianidad, os haré una breve reseña para que tengais alguna idea, por no consideraros con la suficiente reflexión para comprender todo lo que encierra este triste y postrer período de la vida humana.

Cuando el hombre — mis queridos niños — llega á la edad de que os hablo, aún no ha acabado de aprender: tal es su 'misión en este mundo... desengaños, truncadas esperanzas, ilusiones perdidas; el pasado, el presente y los mil y mil discordes pensamientos que se agitan en su caduco cerebro — si pudieran leerse — revelarían una desgarradora cuanto curiosa página en el libro de la vida, si posible fuera volver de nuevo á la existencia...

La ancianidad ó senectud, es una semi-segunda niñez; pero que no le permite disfrutar de ninguno de sus bellos ideales... infancia sin porvenir, achacosa y aislada en el mundo... flor que carece de aroma, de hermosura y de lozanía.

Por grandes tesoros de sabiduría que el anciano pudiese adquirir, serían estériles al borde de la fosa; cuando el hombre se mira achacoso, enfermo, blanca su cabeza, arrugado el rostro y encorvado su débil y estenuado cuerpo por el peso de los años — triste es decirlo — entonces es cuando empieza á aprender, cuando todo le sobra y sólo anhela la paz y el descanso con que le brinda la solitaria, reducida y eterna morada de la tumba...

Este período de amargura por que pasa en sus últimos días, lo puede sobrellevar con más resignación, si cuenta con algún sér querido con quien compatir sus pesares ó dolorosos recuerdos... pero si se halla absolutamente solo... ¡ay! entonces el resto de su existencia, es una agonía lenta en este transitorio mundo en el que parece que ha vivido de prestado.

Por esto, mis queridos niños, no me cansaré de repetiros la capital idea que desde un principio me impulsó: aplicación, moralidad y el debido respeto y consideración para con vuestros mayores. Sólo así honraréis su memoria y seréis dignos de todas las consideraciones sociales, y para que vuestra última hora no la amargue ninguna clase de remordimiento...

He concluido: si no he logrado que quedeis complacidos, no es mía la culpa. En cuanto á mí, no abrigo otra pretensión para con vosotros, que la de merecer vuestra indulgencia; y la de que — si cuando mi humilde é ignorado nombre haya desaparecido del libro de los vivientes — el acaso os hiciese dar lectura á este escrito, me dediqueis un leve recuerdo que envuelva esta ó parecidas frases. No le faltaba algo de razón á este infeliz mortal.»



## EL MÉDICO Y EL REY

FÁBULA

Hubo en un tiempo, un médico famoso al decir de las gentes, que curaba muy bien y recetaba con un lenguaje hinchado y ampuloso; llamábanle á curar algún doliente y así que ante el enfermo se veía la pulsación contando del paciente preguntas mil le hacía, y arrugando la frente con voz pausada y campanudo acento « muy malo está, muy malo, repetía; que traigan al momento de *laudanum papaveris* dos gotas, déñle de *flos malvarum* una taza, y *emplastrum* pongan *ventris* de linaza; después de dichas estas palabrotas, en bárbaro latín, se retiraba y á curar á otro enfermo se marchaba. Las gentes que le oían, como sus latinajos no entendían, creyéndole lo menos el más sabio de todos los Galenos, en practica ponían sus sabias prescripciones, llenándole el bolsillo de doblones, mientras que los enfermos que él curaba tan bien sanaban y tan prontamente que la ciudad quedábase sin gente, y el camposanto, en cambio, se llenaba. Llegó al rey la noticia, cierto día, de las curas del médico famoso, y al ver que tanta gente se moría, del bien de sus vasallos cuidadoso, hizo al doctor venir á su presencia

á fin de averiguar, por qué razones se contaban las pruebas de su ciencia por un número igual de defunciones. « Señor — dijo el Galeno: — los pacientes, se mueren todos cuando yo los curo, pero se mueren bien, porque procuro que todos mis clientes mueran ó curen con arreglo al arte; — pues idos con la música á otra parte, replicó el rey al sabio matasanos y el arte abandonad, porque no quiero que con arte quiteis vida y dinero al enfermo que cae en vuestras manos.

*¡Oh sabios campanudos de este mundo, vosotros, los que habláis con tono hinchado, mucho superficial, nada profundo; debírais con el médico afamado, que muerte daba con arreglo al arte, marcharos con la música á otra parte.*

VENTURA MAYORGA.

Y yendo el tiempo y viniendo, Aquí lo mismo que allá, La religión va diciendo; « ¡Polvo es, y polvo será! »

Con vanidad y codicia, Dicen, sin refr jamás: « ¡Será un Creso! » la avaricia; Y el orgullo: « ¡Será más! »

Y exclaman con fiero acento De todo saber en pos: « ¡Será Homero! » el sentimiento; Y la razón: « ¡Será Dios! »

Y en tanto la religión, Al morir, como al nacer. Repite: « No hay remisión; ¡Polvo es, y polvo ha de ser! »

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

## LA VERDAD Y LAS MENTIRAS

Cuando por todo consuelo, Un sacerdote, al nacer, Nos dice en nombre del cielo: « Polvo es, y polvo ha de ser. »

Dicen, en coro armonioso, El pecho de gozo lleno, La nodriza: « Será hermoso; » Y la madre: « ¡Será bueno! »

Y luego, allá en lontananza, Gritan en acorde son: « ¡Será feliz! » la esperanza: Y « ¡será Rey! » la ambición.

## A MELENDEZ VALDÉS

SONETO

Al sonoro acento de tu arena, con que cantas la paz y los amores, desterrando del alma los dolores, del Tajo undoso en la ribera amena,

Vienen atentos hacia donde suena, olvidando sus rústicas labores, las simples zagalejas y pastores, coronados de trebol y azucena;

Y suspendiendo el curso á los pesares, largas horas te escuchan, y se inflaman sus pechos en un gozo sobrehumano;

Y al volver por la noche á sus hogares, entre danza y festejo, te proclaman de los pastores vate soberano.

MANUEL GONZÁLEZ ÁLVAREZ.

## ICONOLOGÍA CRISTIANA Y UNIVERSAL

POR

D. BASILIO SEBASTIÁN CASTELLANOS

Del modo de pintar y esculpir algunas imágenes pertenecientes al antiguo Testamento.



SIEMPRE que los artistas tengan que representar en pintura ó en escultura alguna imagen ó pasaje del antiguo Testamento, deben, ante todo, consultar la *Sagrada Escritura*, ó sea la Biblia, esa obra inmortal que describe tan perfectamente las personas, las cosas, las costumbres y cuanto puede desearse relativo á los tiempos á que se refiere. Jamás debe el artista separarse del texto bíblico en sus obras, sino cuando sea compatible la verdad histórica con la poesía y filosofía del arte; pero siempre prefiriendo á aquélla, y haciéndolo con la filosofía que debe caracterizar siempre á las obras religiosas. En los efectos y trajes de las figuras en que no los halle bíblicamente indicados, se sujetará á la opinión del abad Fleuri, en su obra sobre las costumbres de los judíos, y á las de Josefo de *Bello Judáico*, y en cuanto á la parte arquitectónica, á estas mismas obras; pero muy particularmente á las descripciones bíblicas que no dejan de ser bien claras. Mr. Dandré Bardón, en su preciosa obra, titulada: *Costume des anciens peuples á l'usage des Artistes*; edición dirigida por Mr. Cochin, impresa en París en 1784, describe y dibuja perfectamente cuanto pertenece al traje, usos, costumbres y artes de los hebreos, señalando

lo que atañe á los primeros personajes de la Biblia y todos los enseres más principales de ella, como el Arca de la Alianza, el Tabernáculo, con todos sus objetos, el templo de Salomón, Arca de Noé, con sus enseres y departamentos, torre de Babel, sepulcros, insignias militares de las tribus, suplicios, vestiduras, ídolos, armas, enterramientos, trajes de todas las clases, personajes, etc., etc.; y si bien mucha parte ó todo está tomado de los bellísimos cuadros de los más ilustres pintores, son los que más se conforman con el texto bíblico, y además han tomado ya un baño histórico que debe seguirse para no desfigurar las escenas, puesto que tienen caracteres conocidos en lo general. Empezaremos nuestras observaciones por el libro del Génesis.

ADAN Y EVA

Se lee en el Génesis 3-24, que arrojó á Adán, y colocó ante el Paraíso de Delicias á un querubín con una espada encendida y versátil para guardar el camino del árbol de la vida. Así se expresa el asunto de echar á nuestros pecadores primeros padres del Paraíso en que Dios les había colocado; pero los artistas los pintan enteramente desnudos en este paso, olvidando ó ignorando que en el mismo Génesis, versículo 21, se dice: *Hizo también el Señor, Dios, unas túnicas á Adán y á su mujer (Eva) y los vistió*, en lo que claramente se expresa el modo cómo debe representarse con arreglo á la Sagrada Escritura á los padres del género humano, y lo mal que se suele pintar cuando se les

presenta enteramente desnudos, poniéndolos sólo la hoja de parra ó de higuera.

CAÍN Y ABEL

Acercas de estos dos hermanos, hijos de Adán, se lee en el Génesis: *Miró Dios con agrado á Abel y á su presente. Y á Caín y su presente no miró*, y el mejor modo de expresar esto, según Ayala, de cuya opinión participamos, es el que se represente bajar fuego del cielo que consuma la ofrenda de Abel, que era un cordero, cuyas llamas suban hacia el cielo y nada sobre la de Caín, y nó que se dirija el humo de la ofrenda del primero al cielo, y nada salga de la llamarada de la del segundo, como se ha acostumbrado á pintar. El gentil Servio dice en su Eneida: *En tiempo de nuestros mayores no se encendían las aras, sino que á súplicas hacían salir fuego celestial que abrasaba los altares*. Esta opinión la confirma Pausanias in *Eliacis*, libro 1.º, cuando dice: *Los ministros del sacrificio amontonan sarmientos sobre las aras, sin meter fuego en dicho montón, después de haber arrojado las entrañas (de la víctima)*. Si Dios es propicio (esta es la prueba de la aceptación del sacrificio), los sarmientos, aunque verdes, reciben espontáneamente el fuego, y sin que nadie los excite, los incendia el Dios á quien se han ofrecido las víctimas. San Cirilo, San Jerónimo, Procopio, que se citan en los modernos intérpretes de la Sagrada Escritura, Pereira y Alapide, son de la opinión de Ayala, la cual está recibida como sentencia por la Iglesia.

(Continuará.)

TIPOGRAFIA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalár, 5.